

FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG

Julio / 2011

PERSPECTIVAS PROGRESISTAS

De la crisis mundial
hacia una nueva
política económica

David Ibarra

Thomas Manz

Adhemar S. Mineiro

Thomas I. Palley

Saúl Escobar Toledo

Zirahuén Villamar (editor)

Julio / 2011

PERSPECTIVAS PROGRESISTAS

El pensamiento progresista ha inspirado diversos liderazgos que han impulsado la transformación democrática de la sociedad. El cumplimiento de los derechos humanos, la democratización del Estado y los medios de comunicación, la igualdad de género y la ampliación de acceso al espacio público construyen referentes para lograr nuevas formas de hacer política.

Perspectivas Progresistas es una serie de publicaciones, cuyos textos pretenden animar el debate público para pensar la realidad mexicana desde visiones progresistas, abrir camino a la sociedad y sus actores para emprender acciones colectivas, y generar canales donde la diferencia de identidades, estilos de vida y derechos de ciudadanía encuentren una reivindicación sociopolítica.

Las opiniones vertidas en los textos que se presentan, las cuales no han sido sometidas a revisión editorial, así como los análisis y las interpretaciones que en ellos se contienen, son de exclusiva responsabilidad de sus autores y pueden no coincidir con las opiniones y puntos de vista de la Fundación Friedrich Ebert.

Contenido

- 7.** De la crisis mundial hacia una nueva política económica
Thomas Manz
- 13.** Los dilemas de la democracia mundial
David Ibarra
- 21.** Después de la crisis: ¿Cuáles son las perspectivas para una nueva economía política progresista?
Thomas I. Palley
- 31.** De la crisis económica hacia una nueva política económica
Adhemar S. Mineiro
- 39.** La crisis mundial: una cuestión de autonomías y velocidades
Saúl Escobar Toledo

Editor: Zirahuén Villamar

De la crisis mundial hacia una nueva política económica

*Thomas Manz*¹

Los efectos de la crisis financiera y económica mundial de 2007-2009 han sido profundos. Aunque los efectos se hicieron sentir esa vez más fuerte en las economías más desarrolladas, donde se inició la crisis con el derrumbe de gran parte del sistema financiero, América Latina no quedó a salvo, a pesar del desempeño positivo de sus economías antes de la crisis y de los aciertos macroeconómicos de muchos de los gobiernos de la región. La mayoría de los países latinoamericanos no solo registraron contracciones en su actividad económica, en particular del comercio exterior, sino también severos impactos sociales: una caída de la tasa de ocupación y un aumento del desempleo, un deterioro en la calidad del trabajo y un incremento de la pobreza.

Sin embargo, una característica de esta crisis es que no solo se inició en las economías desarrolladas sino también afectó de manera más fuerte su capacidad de recuperación y sus perspectivas de desarrollo. El centro dinámico de la economía global se trasladó obviamente hacia las llamadas “economías emergentes”. En consecuencia, está surgiendo un nuevo orden económico mundial muy diferente del que estaba vigente antes de la crisis. Símbolo de eso es el reemplazo del, desde hace tiempo obsoleto, G8 por el G20 como “junta directiva” de la economía mundial.

Ante este escenario vale preguntarse si el reajuste en el sistema económico mundial conlleva un cambio fundamental en el campo de las ideas, del pensamiento económico, y cabe la duda de si se prepara el terreno para

1. Representante en México de la Fundación Friedrich Ebert.

una nueva política económica más enfocada en equidad social. Las primeras respuestas del G20, con su énfasis en políticas activas de recuperación, alimentaban la expectativa de un cambio en el canon económico previo a la crisis. Sin embargo, estos primeros indicios de una política de crecimiento sustentable últimamente parecen haber perdido impulso.

Entonces ¿cómo saldremos de la crisis? ¿qué perspectivas hay para una nueva política económica? De las recientes Reuniones de Primavera de los organismos financieros salió una dosis de optimismo: muchos observadores ven indicios de que la recuperación económica mundial se está fortaleciendo. En México, representantes del Gobierno señalaron desde mediados de 2010 que el país había superado la crisis y se encontraba en un proceso de sólida recuperación económica. De hecho, las actuales tasas de crecimiento económico parecen afirmar declaraciones de esa naturaleza.

Sin embargo, nadie duda que persistan riesgos o que el proceso de recuperación económica no esté asegurado, ni en el plano nacional ni a nivel global. Muy lejos estamos todavía de un nuevo orden económico-financiero mundial que prometa estabilidad y que ayude a canalizar el desarrollo económico post crisis hacia un desarrollo económico sustentable.

Sigue preocupando que la recuperación económica mundial es un proceso de –al menos– dos velocidades; que tenemos un escenario donde algunos países ahorran

y exportan demasiado, mientras otros piden prestado y consumen demasiado, y por tanto persisten desequilibrios macroeconómicos globales –como destacan los esfuerzos en el marco del G20 de acordar un mecanismo de monitoreo de esos desequilibrios, y que, independientemente de esos esfuerzos de establecer un mecanismo de monitoreo de los desequilibrios, persisten al nivel global percepciones muy distintas respecto de los riesgos potenciales. Otro factor de preocupación son los altos niveles de desempleo y el deterioro en la calidad de empleo.

Es por eso que la reflexión y el debate acerca de políticas anti-crisis no están a destiempo. No deberíamos contentarnos con decir que “lo peor ya ha pasado” y, de forma autocomplaciente, proseguir el mismo curso de antes de la crisis. Más bien, en la Fundación Friedrich Ebert estamos convencidos de que es hora de reflexionar sobre ajustes sustanciales en las políticas financieras y económicas, ajustes basados en los principios de la sustentabilidad económica.

Eso requiere –desde la perspectiva de la Democracia Social– apostar a una nueva política económica que promueva un modelo de crecimiento económico distinto, un modelo de desarrollo económico sustentado en una distribución más justa de los ingresos y en un control de los desequilibrios macroeconómicos.

A finales del año pasado la Organización Internacional del Trabajo (OIT) publicó

su *Informe Mundial sobre Salarios*. En este informe, la OIT argumenta que el estancamiento salarial previo a la crisis pudo haber contribuido tanto al estallido de la crisis como también a debilitar la capacidad de recuperación de las economías. Según la OIT, la crisis tiene sus raíces estructurales en una declinación de la demanda agregada, reducción causada por la redistribución de salarios a utilidades, y desde los asalariados de ingresos medios –muy propensos a gastar– hacia personas de ingresos altos –que ahorran más.²

Frente a esa situación, algunos países intentaron mantener el consumo de los hogares mediante un mayor endeudamiento (el caso de Estados Unidos), mientras que otros basaron principalmente su crecimiento económico en las exportaciones (el caso de Alemania). Ambos modelos resultan insostenibles en el largo plazo. Un desarrollo económico sustentable debiera basarse en un consumo más fuerte de los hogares, pero un consumo fundado en el ingreso del trabajo, más que en el aumento del endeudamiento. Un desarrollo de tal naturaleza solo puede alcanzarse en sociedades más justas. ¡Ese es el reto de una nueva política económica después de la crisis!

Estimular la reflexión y el debate acerca de las perspectivas para una nueva política económica, para un crecimiento equitativo y sustentable, fue el motivo del Coloquio Internacional *De la crisis mundial hacia una nueva política económica* que organizaron conjuntamente, en febrero de

este año, el Departamento de Relaciones Internacionales del Partido de la Revolución Democrática y la Fundación Friedrich Ebert. Esta publicación reúne cuatro aportaciones al Coloquio, todas ellas con una perspectiva progresista en búsqueda de opciones reales para un desarrollo sustentable y equitativo.

David Ibarra, Doctor *Honoris Causa* en Economía por la Universidad Nacional Autónoma de México, destaca como un efecto positivo de la crisis que el imperativo de combatir a la depresión global rompió, al menos temporalmente, con el canon económico neoliberal y abrió un debate ideológico en el cual se plantean alternativas a la normatividad del Consenso de Washington, propensas a garantizar la estabilidad y seguridad económica de los ciudadanos. Sin embargo, Ibarra advierte también que la solución tradicional a la demanda social de mejorar sus condiciones de vida por la vía de “expandir el pastel a repartir”, parece “semi-agotada”, es decir, que las alternativas deben hacer énfasis en políticas directamente redistributivas –con el riesgo de provocar resistencias por parte de las élites económicas.

Thomas I. Palley, economista de la *New American Foundation*, teme que el debate ideológico acerca de nuevas políticas económicas se esté cerrando nuevamente. Dos años después del estallido de la crisis, todo parece ser como antes. Pero en vez de desanimarse por el retorno de los viejos conceptos, argumenta que aún es posible el “cambio progresista”. Este cambio requiere derrocar el paradigma neoliberal y reemplazarlo con un paradigma que

2. Organización Internacional del Trabajo (2010) *Informe mundial sobre salarios 2010/2011*. OIT, Santiago de Chile.

restaure el compromiso con el empleo y establezca un lazo sólido entre salario y crecimiento de la productividad. Cabe cuestionar ¿quiénes serán los promotores de este cambio progresista?

Existen fisuras en el pensamiento económico dominante que permiten avanzar hacia el “cambio progresista”, según percibe **Adhemar S. Mineiro**, economista del Departamento Intersindical de Estadísticas y Estudios Socio-Económicos (DIEESE) de Brasil. Ya desde el inicio del siglo XXI, los países sudamericanos buscaron políticas económicas fuera del canon neoliberal. En el centro de esas políticas alternativas se encuentran estrategias de desarrollo que buscan ampliar el mercado interno vía programas de transferencia de ingresos, políticas de incremento del salario mínimo o la expansión del crédito popular. Hasta ahora, los resultados visibles de esas estrategias permiten esperar un nuevo patrón de desarrollo que impacte positivamente en el empleo. ¿Son esas estrategias, entonces, la apuesta al futuro?

La cuestión de cómo las distintas formas de inserción en los procesos de globalización influyen en la capacidad de recuperación y las perspectivas de crecimiento de los países, es planteada por **Saúl Escobar Toledo**, miembro del Departamento de Relaciones Internacionales del PRD y profesor del Departamento de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Él argumenta que el saldo actual de la crisis muestra que apostar a la intensificación de las relaciones comerciales con economías emergentes

tiene mejores expectativas de recuperación y crecimiento, que una apuesta en las viejas economías industriales; y, es más, que la mayor dinámica de las economías emergentes se explica por un modelo de desarrollo basado en el control del Estado sobre los mercados. Así, el debate sobre el papel del Estado en la economía cobra nuevamente importancia.

Estamos convencidos de que los aportes aquí reunidos proporcionan interesantes ideas al debate. Por lo tanto, esperamos que sean atractivos y útiles para las y los lectores, y que estimulen la discusión sobre un nuevo curso de desarrollo.³

3. Como sugiere un grupo de expertos mexicanos. Cf. Cordera, Rolando; Heredia, Carlos y Navarrete, Jorge Eduardo et al. (2010), *México frente a la crisis. Hacia un nuevo curso de desarrollo*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Los dilemas de la democracia mundial

David Ibarra

El mundo y las naciones se encuentran en una encrucijada. Necesitan acomodar sus políticas a hechos y circunstancias arduas de armonizar, por cuanto el orden internacional sufre cambios y enfrenta retos enormes, y por cuanto en el orden interno de los países resulta cada vez más escabrosa la convivencia de la democracia con la persistencia de disparidades sociales sustantivas. Puntualicemos brevemente algunos de los problemas más importantes:

Individualismo, mercado y crisis

A partir de 1972, en el campo de las ideas y de las políticas públicas, retrocede el reformismo social ante el avance de las

estrategias estabilizadoras y aperturistas. Estas últimas han favorecido a la globalización, pero detenido la ampliación de las garantías sociales, supuestamente por ser antagónicas a la eficiencia al ahorro y a la inversión.

En el campo de las ideas, ganan terreno los valores del individualismo por encima de los del alcance social. En cierto modo, se trata de una reacción: con anterioridad, el individualismo había sido desterrado casi por entero de las ciencias sociales. Como resultado, el péndulo ideológico altera radicalmente su dirección hasta marginar los temas colectivos de la política económica occidental. Los nuevos paradigmas postulan que los mercados son eficientes y toman al individuo como un ser dotado de racionalidad para elegir, decidir entre

opciones, o alterar el marco institucional, naturalmente dentro de los límites permisibles de la economía neoclásica.

En consecuencia, el conservadurismo político se oculta detrás del autoritarismo irrefrenable de los paradigmas económicos. Estos últimos, creen en la sabiduría intrínseca de los mercados para producir las mejores soluciones, mientras condenan el intervencionismo colectivo humano, siempre propenso a errar, a pesar de crisis hondas y repetitivas. Así, la política social de los países queda inserta en el régimen de la concurrencia internacional que la conduce a la limitación y privatización de los servicios sociales, con el triple propósito de constreñir gasto público, acrecentar artificiosamente la competitividad y multiplicar los negocios privados. Obsérvese que la ideología dominante achaca los desajustes fiscales al excesivo intervencionismo estatal que sobredimensiona, por ejemplo, los alcances del Estado Benefactor, resta vitalidad a las empresas y creatividad al nombre económico.

Sin embargo, el imperativo de combatir a la depresión global, rompe, si se quiere transitoriamente, el canon económico neoliberal y lleva a implantar medidas heterodoxas, lo mismo fiscales que monetarias, y a extender el brazo interventor de los estados. Así se abre un debate ideológico de alcances limitados sobre los enfoques dispares de los países líderes en torno a la cura de la crisis.

Algunos gobiernos se inclinan por imprimir continuidad a las políticas heterodoxas,

monetarias y fiscales hasta asegurar la plena reactivación de las economías, mientras otros quisieron regresar cuanto antes al mundo anterior, aunque los costos del ajuste queden casi por entero sobre los hombros de las familias y los trabajadores, mientras se libera de responsabilidad a los banqueros y a las empresas rescatadas con recursos públicos. Poco a poco va relegándose al olvido la idea de implantar regulaciones más estrictas, universales, a los sectores financieros y de hacerles pagar al menos una porción de los costos de la crisis.

Sea como sea, parece afianzarse la visión conservadora en las posturas de los gobiernos líderes, como los Estados Unidos y Alemania con claro reflejo en los acuerdos del G20. El primero, pospone la corrección de los enormes privilegios fiscales a los grupos adinerados, enmienda apenas las deficiencias regulatorias de los bancos y vuelca la política contracíclica en favor de las propias instituciones financieras con descuido del empleo y del endeudamiento de las familias. Y, el segundo, fuerza programas dolorosísimos de ajuste en los países periféricos de la Unión Europea, aun a riesgo de la vida misma de la unión monetaria. Además, busca implantar restricciones al modelo económico y social europeo como condición al incremento del fondo financiero de rescate a las naciones con problemas. A tal fin se propone convenir un programa de competitividad, cuyo contenido supone aplicar sanciones automáticas a los países infractores del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, eliminar la indexación de los salarios por inflación y de gastos a incrementos en la productividad

—que quita toda función redistributiva a las remuneraciones al trabajo— limitar constitucionalmente los déficit o el endeudamiento público de los países, elevar la edad de jubilación de empleados y trabajadores. En cierto sentido, se quiere aprovechar los apremios de la crisis para establecer, un tanto autoritariamente, la coordinación de las políticas fiscales en la zona del euro. Con esos antecedentes no es de extrañar que el conjunto de los países del G20, en su reunión de Toronto de junio de 2010, adoptase la postura de reducir al 50% sus déficit fiscales en un plazo perentorio de tres años, confirmando que los banqueros van ganando la batalla.

Pero surgen sorpresas. Como ocurre con la intervención estatal, el proteccionismo, en apariencia abolido, reaparece con el vestuario de la manipulación de los tipos de cambio que practican lo mismo los países industrializados que los emergentes. De distinto modo, todos tratan de defender sus balanzas de pagos y empleo interno, devaluando, manteniendo subvaluadas sus monedas o impidiendo su apreciación ante el retraimiento del comercio internacional y la persistencia de desequilibrios comerciales graves entre las potencias líderes. Por eso, también se difunden y cobran vigor los controles de capitales ante el desplazamiento peligroso de flujos de capital golondrino y se disuelve la creencia que la recepción de capitales del exterior siempre beneficia a la periferia.

Aun así, los planteamientos ideológicos en boga no cejan de acentuar la presión en contra de los estados benefactores y

en favor de restablecer, hasta donde sea posible, el orden financiero pre-crisis. En consecuencia, la distribución de los costos del desbarajuste económico mundial, obliga a otra pausa en la lucha por la ampliación y universalización de los derechos sociales. El Primer Mundo logra devolver alguna estabilidad a los mercados financieros, pero sus economías permanecen estructuralmente debilitadas, como lo demuestra la lentitud de la recuperación, singularmente en proveer empleo a los desocupados, tanto como en los persistentes rezagos de su dinámica económica frente a la de los países emergentes.

Recursos planetarios finitos

El Club de Roma al examinar el desarrollo mundial, ha subrayado la presencia de límites casi irrebasables al mismo con los recursos disponibles y singularmente con las tecnologías e instituciones conocidas. Por ende, es difícil o imposible sostener indefinidamente el crecimiento universal e igualar los estándares de bienestar de la población entre las distintas latitudes del planeta.

Ya el ascenso del poder de compra ciudadano en los países más populosos (China, la India), crea escasez de materias primas, eleva sus precios y anuncia una crisis alimentaria de proporciones globales.

A conclusiones análogas lleva el análisis de la sostenibilidad ecológica del mundo.

El funcionamiento de los mercados lleva a la destrucción de la naturaleza en ausencia de regulaciones estrictas. Priva el riesgo de trastocar peligrosamente la vida planetaria, sin la adopción de políticas colectivas, mientras eso mismo dificulta a los países emergentes acelerar la eliminación de la brecha del atraso. Si en el mundo subdesarrollado se extendieran los patrones de consumo y producción prevalentes en las zonas industrializadas, pronto se llegaría a una situación ecológicamente insostenible. Son notorias, además, las deficiencias de los compromisos internacionales: los países más contaminadores del medio ambiente, son los que más resisten la adopción de medidas cooperativas y donde es menor la disposición a compartir los costos del saneamiento ambiental. Hasta ahora, los esfuerzos comprometidos son claramente insuficientes para desarrollar energías limpias, revolucionar tecnologías o combatir el deterioro ecológico planetario.

La reconfiguración de la economía internacional

La historia no se ha detenido. En pocos años se ha transitado de un mundo unipolar a otro multipolar. Pero, a diferencia de tiempos idos, los liderazgos no se trasladan simplemente entre miembros o retoños del Primer Mundo, sino que las nuevas potencias surgen de la periferia al poder internacional. Por supuesto, se trata de

fenómenos larvados desde tiempo atrás. Sin embargo, llama la atención la brevedad con que maduran y la amplitud de sus alcances transformadores. En efecto, el este y el sur de Asia ya constituyen un núcleo regional que transforma la distribución de la producción y de las finanzas del planeta y, con ella, los mismos liderazgos internacionales. Hoy por hoy, es, a su escala, el único núcleo dinámico compensador de las fuerzas recesivas que todavía aherrojan al mundo.

En 2010, China rebasó al Japón al ocupar el segundo lugar mundial por el tamaño de su economía. Ya en 2008, el valor de sus exportaciones de mercancías superó al de Estados Unidos y eran similares a las de Alemania. En esa misma fecha, las reservas internacionales de divisas de Asia (45.3% del total) y China (26.4%) superan con creces a las del Primer Mundo (22.9%). En cierto modo, China comienza a perfilarse como el centro exportador, industrial y financiero de la globalización a paso y a medida que el renminbi se convierta en divisa internacional y las inversiones chinas sigan creciendo en el mundo. Y sin embargo, ese país tenía (2008) un ingreso per cápita medido en poder de compra de un octavo del norteamericano.

Quiérase o no, el ascenso de China y la India es alentador aunque determine exigencias mayúsculas de ajuste político y económico a los que están y estarán sometidos todos los países y las propias estructuras institucionales del orden económico internacional. El G7 o el G8, han debido transformarse en el G20;

el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, comienzan a transformar su anticuada estructura que databa casi desde Bretton Woods; la normatividad del Consenso de Washington es ya historia pasada. Ya la agenda del desarrollo, el mismo orden económico internacional antes decidido, impuesto por el Primer Mundo, ahora necesitará de la anuencia decisoria de las naciones emergentes.

Seguridad colectiva

Los entorpecimientos al sano y sostenido desarrollo universal, contrarían las aspiraciones democráticas a erradicar las enormes desigualdades que prevalecen en el mundo y dentro de los países. En más de un sentido, la inseguridad social de la época, se asocia a la falta de prelación colectivas frente al predominio del cortoplacismo individualista e inestable de los mercados. De su lado, las imperfecciones o el debilitamiento de los estados benefactores erosiona la cohesión social interna de los países, estorba la universalización de derechos humanos exigibles y abre la puerta a la globalización del crimen. De igual manera, la interdependencia creada por la globalización económica, crea huecos enormes en la coordinación de políticas en múltiples esferas de la actividad humana y hace resaltar la ausencia de una especie de gobierno universal.

A la falta de convergencia en las políticas de los países líderes, en torno a la salida de la crisis, se añaden disparidades

crecientes en la evolución comparativa de los países: unas economías se expanden, otras quedan sumidas en el estancamiento, unas terceras, simplemente se rezagan. Pero en todas, casi sin excepción, persisten disparidades sociales manifiestas. Así, frente a las restricciones cada vez mayores al crecimiento, todavía se cuentan más de novecientos millones de personas que padecen hambre en el mundo, pese a los singulares progresos de China en la materia. Al mismo tiempo, se acentúan dislocaciones distributivas aun en las naciones que mejor avanzan en abatir la pobreza, como lo prueba el recrudescimiento de la concentración del ingreso en Chile o China.

Además hay factores en marcha que tornan una vez más arduo satisfacer criterios de igualdad y de inclusión sociales. Tómese, a título ilustrativo, el dilema del envejecimiento de la población en el mundo. A menos que se admita la creación de un nuevo grupo de excluidos o que se hagan retroceder los derechos adquiridos –sobre todo en materia de pensiones y servicios de salud–, el costo de atender ese fenómeno alcanzará cifras enormes. Según estimaciones del Fondo Monetario Internacional, hacia 2050 los cuidados asociados a la población vieja multiplicarían varias veces el costo de las medidas anticrisis adoptadas hasta ahora por los miembros del G20.

Junto al angostamiento –por desempleo o informalidad– de la proporción de trabajadores activos –en cuyas espaldas descansan servicios sociales y jubilaciones–,

los fenómenos demográficos gestarán presión sobre los presupuestos gubernamentales y familiares. De ahí las tendencias a limitar el alcance de los estados benefactores, frecuentemente sin medidas compensatorias de orden tributario o redistributivo. Por su parte, la crisis descarrila el remozamiento de los sistemas de seguridad social del Primer Mundo por la vía de la inmigración, haciendo que el ajuste demográfico recaiga más sobre los derechos adquiridos de los trabajadores de cada país. Por lo demás, el fenómeno afecta diferencialmente a los países, dependiendo de su estructura demográfica, de la amplitud de sus derechos sociales y, en algunos casos, de la apertura a la inmigración; es particularmente severo en Japón –influyendo en los fenómenos deflacionarios del país–, Corea, España y Canadá. En las naciones periféricas, como México, a la marginación asociada a la informalidad o al desempleo de la fuerza de trabajo, se sumará casi inevitablemente la desatención a buena parte de la población envejecida.

A los factores estructurales de la exclusión y la desigualdad social, se añaden desde 2008 los impactos asimétricos de la crisis y de los remedios a la misma en los diferentes países. Problemas largamente larvados junto a fórmulas distributivamente sesgadas de combatir la llamada “Gran Recesión”, causan disturbios sociales abiertos en un número cada vez más grande de países. Las protestas de Grecia, Irlanda, España, Reino Unido, Francia, Países Bajos y las más serias de Túnez, Egipto y Libia, reflejan el descontento generalizado de las poblaciones y abren la puerta tanto a

contagios peligrosos, como a aprendizajes ciudadanos constructivos entre países. La crisis es la gota que derrama el vaso al combinar mayores sacrificios económicos con menor autonomía política de las mayorías ciudadanas de las naciones para influir en el curso de las políticas públicas.

No es entonces de extrañar que la crisis global tornara evidente la obsolescencia del consenso neoliberal empeñado en dar primacía a la eficiencia por encima de las aspiraciones democráticas a garantizar la estabilidad y seguridad económica de los ciudadanos. Por eso, hoy en día resulta difícil validar el pacto democrático fundamental consistente en aceptar la apertura de mercados a cambio de fortalecer los estados benefactores –como vía de amortiguar las vicisitudes mercantiles– y lograr, al propio tiempo, avances en la equidad internacional y supresión de los conflictos armados generalizados.

Entonces, una interrogante central es cómo alcanzar sistemas de protección colectiva, de reafirmación de la democracia, frente al predominio de mercados individualistas y políticas conservadoras que no toman en debida cuenta los límites sociales, físicos o tecnológicos opuestos al desarrollo y a la igualación del bienestar de los ciudadanos, sin distinción de nacionalidad, clase, género o color de piel.

Una conclusión parece inevitable: hoy por hoy, la solución tradicional a las tensiones sociales por la vía del desarrollo, por la vía de expandir el pastel a repartir, parece

semi-agotada, habría que complementarla más y más con políticas directamente redistributivas, casi siempre resistidas por las elites de todas las latitudes. A la par, es necesario volcar esfuerzos y recursos mundiales en revolucionar la tecnología hacia fines humanos, la ampliación de las fronteras del desarrollo, el combate a la desnutrición y la enfermedad, la clausura de la brecha entre recursos y necesidades y también la de la desigualdad entre las poblaciones. Quiérase o no, se trata de un dilema fundamental ético y político, que trasciende al tema acotado de la reconstrucción posible e inmediata de los órdenes económico y financiero internacionales que sólo podrían cimentarse por etapas, hasta que se asiente la nueva constelación de fuerzas dominantes en el mundo.

Después de la crisis: ¿Cuáles son las perspectivas para una nueva economía política progresista?

Thomas I. Palley¹

Introducción

La crisis financiera del 2008 sacudió la economía mundial hasta sus cimientos. Entonces pensaron que la crisis iba a producir un cambio inmediato y profundo en la política económica. Sin embargo, dos años después todo parece ser como antes; ¡solo que peor! Los mercados financieros globales prosperan de nuevo; los bonos de los banqueros están de regreso y las ganancias corporativas están cerca de batir récords. Lo que ha empeorado son: el desempleo a la alza, millones de familias trabajadoras han sido devastadas, y la posibilidad de que los salarios se estanquen ha aumentado. Dadas estas condiciones sería fácil desanimarse, pero este artículo da argumentos en contra de eso y plantea el caso de que el cambio progresista aún es posible.

Crisis y la dinámica de cambio

El punto de partida es reconocer que el cambio siempre será difícil. Los ricos y poderosos tendrán intereses económicos que siempre defenderán y es lo que hacen ahora. El segundo punto es reconocer que la crisis no ha terminado, sino que sigue desarrollándose. En este aspecto, hay que recordar que la crisis económica de los años 1930 duró quince años y no se superó del todo sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Hoy en día millones de personas están desempleadas y aunque la economía global parece ser un poco más fuerte que hace seis meses, el panorama general es aún muy frágil. Dado que poco ha

1. Este artículo está basado en mi libro *The Great Recession and the Destruction of Shared Prosperity: The Tragedy of Bad Economic Ideas*, Cambridge University Press, de próxima aparición en el 2011. Este artículo fue presentado en una conferencia copatrocinada por la Fundación Friedrich Ebert y el Departamento de Relaciones Internacionales del Partido de la Revolución Democrática (PRD), llevada a cabo en la Ciudad de México, el 21 de febrero del 2011. Una versión previa fue presentada en la Conferencia de Otoño FEPS/TASC "Towards Recovery" llevada a cabo en Dublín, Irlanda, octubre 22-23, 2010. Correo electrónico: mail@thomaspalley.com.

cambiado y las contradicciones económicas que crearon la crisis siguen presentes, esto significa que los problemas continuarán. El tercer punto crítico es si estos “problemas” se transformarán en “cambios políticos y de políticas”, y dependerá de cómo sean entendidos. Aquí es donde las “ideas” entran en el panorama pues es importante cómo se explica la crisis.

Esta relevancia de las ideas explica por qué el debate de las causas de la crisis es tan importante; también explica por qué hay una proliferación de explicaciones. Los intereses de la élite intentan dar forma a la respuesta de la sociedad a la crisis al modelar el entendimiento de la misma.

En los medios se habla de una “nueva normalidad” de alto desempleo y bajo crecimiento, y entre los economistas neoliberales el razonamiento es que hemos tenido una sacudida estructural, lo que significa que necesitamos más reformas estructurales. El objetivo de este parloteo es minimizar las expectativas, crear una sensación de fatalismo económico e impotencia, y justificar redoblar la apuesta por la agenda política neoliberal.

Explicaciones rivales de la crisis

En términos generales existen tres perspectivas diferentes de la crisis. La perspectiva #1 es la posición neoliberal; perspectiva #2 es la posición de la Tercera Vía; y la perspectiva #3 es la posición progresista.²

La posición neoliberal es que la crisis está enraizada en la burbuja inmobiliaria de los Estados Unidos y en cómo reventó. Que esta burbuja se debió a las fallas en la política monetaria y en la intervención gubernamental en el mercado inmobiliario. Respecto a la política monetaria, la Reserva Federal forzó las tasas de interés muy abajo y por mucho tiempo previo a la recesión. En cuanto al mercado inmobiliario, la intervención gubernamental por medio de la Ley de Reinversión Comunitaria, y de Fanny Mae y Freddie Mac elevó los precios y alentó la adquisición de vivienda por encima de las posibilidades de la gente. La perspectiva neoliberal, por lo tanto, hace que la crisis sea un problema esencialmente basado en los Estados Unidos.

La posición de la Tercera Vía es que la crisis se debe a la inadecuada regulación financiera. Primero, los reguladores permitieron que los bancos tomaran riesgos excesivos. Segundo, también permitieron estructuras perversas de pagos de incentivos dentro de los bancos, que alentaron a sus administraciones para involucrarse en presionar y otorgar préstamos indiscriminados en vez de prestar responsablemente. Estas fallas contribuyeron a la colocación financiera errónea, incluyendo la mala asignación de ahorro externo suministrado por medio del déficit comercial. La perspectiva de la Tercera Vía es por lo tanto más global que la posición neoliberal, pero considera a la crisis como un fenómeno puramente financiero.

Para la perspectiva progresista, la crisis está fundada en el paradigma económico neoliberal que ha guiado la política

económica de manera global. Estados Unidos es el epicentro de la crisis, pero todos los países están implicados pues todos participaron en la adopción de un paradigma de política económica con fallas sistemáticas. El paradigma se extiende a las finanzas por medio de una regulación inadecuada y al permitir arreglos defectuosos de pagos de incentivos, pero las finanzas son sólo un elemento del problema y la causa es más profunda que sólo las fallas en la regulación. Las crisis de tales magnitudes no ocurren sólo a causa del fracaso de las regulaciones.

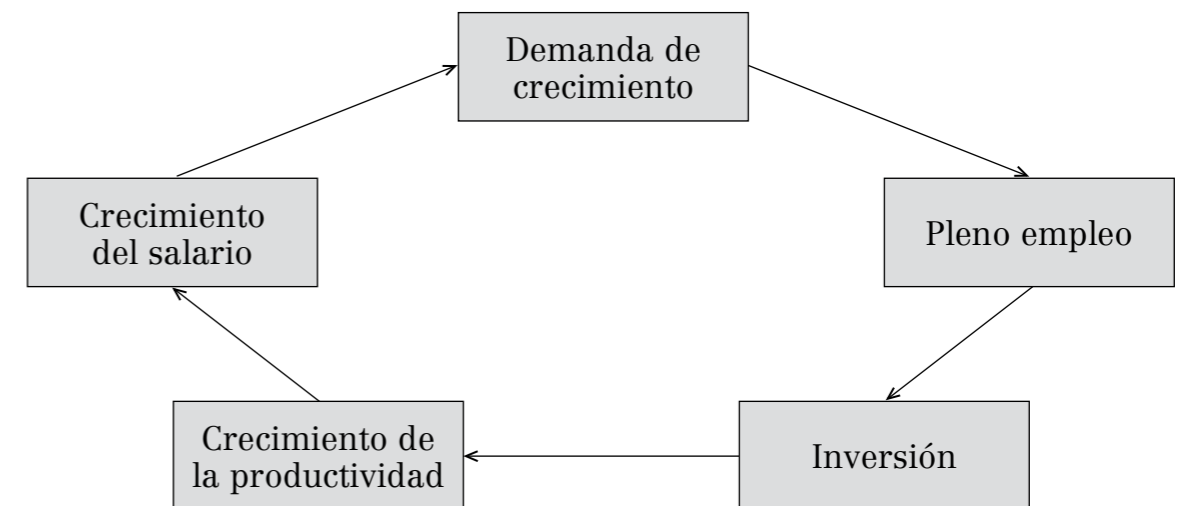
La causa profunda es la falla generalizada en la política económica surgida del paradigma económico neoliberal imperfecto, que se adoptó a finales de los 1970 y principio de los 1980. De 1945 a 1975 la economía de los Estados Unidos

se caracterizó por el “círculo virtuoso” del modelo de crecimiento Keynesiano, construido sobre el pleno empleo y el crecimiento del salario unido al crecimiento de la productividad. Este modelo está ilustrado en la Figura 1 y su lógica fue: el crecimiento de la productividad impulsa el crecimiento del salario, que a su vez impulsa el crecimiento de la demanda y crea pleno empleo que, provisto de incentivos a la inversión, impulsan aún más el crecimiento de la productividad.

Después de 1980, el círculo virtuoso del modelo de crecimiento Keynesiano fue reemplazado por un modelo de crecimiento neoliberal. Las características claves del nuevo modelo eran:

- 1) Abandono del compromiso de pleno empleo, y
- 2) Ruptura del lazo entre el crecimiento de los salarios y de la productividad.

Figura 1.
El círculo virtuoso del modelo de crecimiento 1945-1975



2. La Tercera Vía se identifica con políticos socialdemócratas neoliberales como Bill Clinton, Tony Blair, Gerhard Schroeder y Barack Obama.

Antes de 1980, los salarios eran el motor del crecimiento de la demanda en los Estados Unidos. Después de este año, la deuda y la inflación del precio de los activos se convirtieron en el motor.

América Latina tuvo una ruptura estructural paralela, ejemplificado por la experiencia mexicana. Antes de 1980, México poseía su propio círculo virtuoso del modelo de crecimiento Keynesiano centrado en la industrialización por sustitución de importaciones. A mediados de los años 1980 se abandonó este modelo y México cambió al neoliberalismo orientado a la exportación, donde el crecimiento de la demanda provenía de inversiones extranjeras directas en las instalaciones de producción que exportarían a los Estados Unidos para satisfacer las demandas del consumidor estadounidense.

Esta experiencia de México se repite en varios grados a lo largo de América Latina. En Chile se asocia el cambio al neoliberalismo con el régimen de Pinochet y las políticas económicas adoptadas después de 1980. En Argentina, el punto culminante del neoliberalismo está asociado con la presidencia de Menem en los 90; en Brasil se asocia con la presidencia de Cardoso. En todos los casos, la privatización, la apertura del mercado doméstico a las importaciones y la liberalización de la cuenta de capital fueron los elementos claves. El Fondo Monetario Internacional fue un factor persistente y utilizó las dificultades económicas creadas en los 80 por la crisis de la deuda latinoamericana para impulsar la política neoliberal. Lo

hizo al condicionar la asistencia financiera a la adopción de tales políticas.

Una dificultad para comprender estos acontecimientos en América Latina es que la lucha económica fue enlodada por la disputa simultánea entre las políticas democráticas *versus* las políticas autoritarias. La transformación económica fue al neoliberalismo; el cambio político a la democracia; y una táctica política neoliberal común era intentar llevarse el crédito por el cambio hacia la democracia.

En Europa también hubo una ruptura estructural; sin embargo, la experiencia europea ha sido mucho más heterogénea. Antes de 1980, Europa también tuvo un círculo virtuoso del modelo de crecimiento Keynesiano, que explica la recuperación europea posterior a la Segunda Guerra Mundial y el milagro del crecimiento. Después de 1980 este modelo fue abandonado y Europa en su conjunto se sometió a un régimen monetario y una política fiscal más estrictos. Con la introducción del euro en 1999, este régimen continuó y se consolidó a través de la política del Banco Central Europeo y los requerimientos del déficit presupuestario del Tratado de Maastricht.

Con respecto a países específicos, el Reino Unido adoptó un modelo neoliberal de deuda y de burbuja de precios de los activos muy similar al modelo de Estados Unidos. Alemania siempre ha enfatizado el crecimiento orientado a las exportaciones y se ha beneficiado de los estímulos fiscales resultados de la reunificación alemana en

1990. Sin embargo, desde la introducción del euro se recurrió cada vez más a la supresión del salario para mantener la competitividad en las exportaciones. Los países núcleo de la Unión Europea, y especialmente Alemania, también han sido sujetos de presiones crecientes para arbitrar el salario a la baja debido a un mayor acceso de las corporaciones al reducido costo del trabajo en los países de la periferia comunitaria, especialmente aquellos en Europa Central.

Por el lado positivo, los países de la periferia europea (que incluye los países "PIGS": Portugal, Irlanda, Grecia y España) se beneficiaron de la ampliación de la Unión Europea, que generó grandes transferencias fiscales a los países adheridos, mientras que la introducción del euro impulsó la convergencia de las tasas de interés de los países periféricos con las tasas de interés alemanas. Como resultado de la enorme disminución de las tasas de interés de los países de la periferia, se crearon las condiciones de auge en los bienes inmuebles y la expansión de la demanda europea.

El cambio global al neoliberalismo después de 1980 instauró un nuevo paradigma económico que debilitó la posición de los trabajadores, fortaleció la posición de las corporaciones y quitó trabas a los mercados financieros para servir a los intereses de las élites financieras y comerciales.

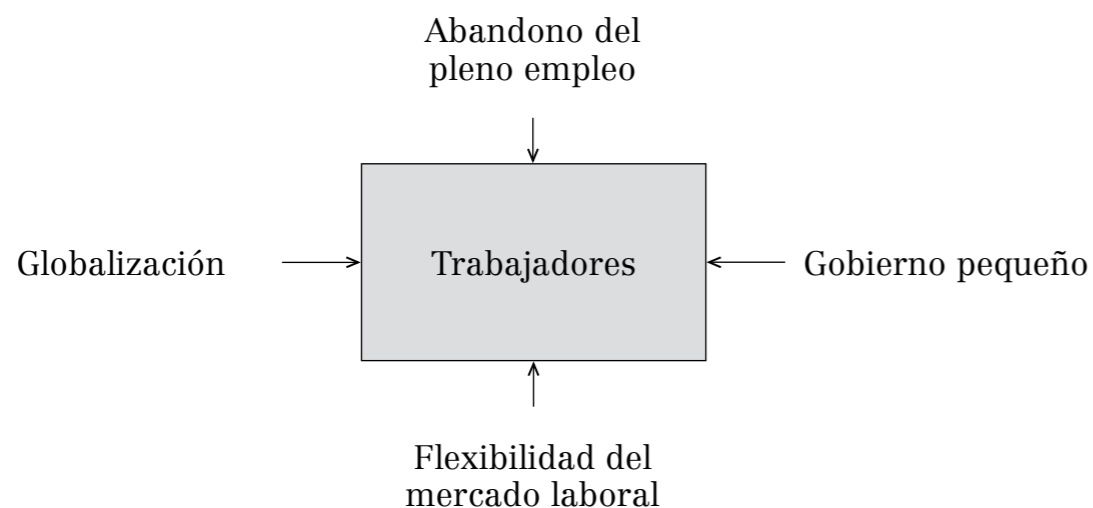
Como se ilustra en la Figura 2 (página siguiente), este nuevo paradigma se puede describir como una caja de la política

neoliberal que encierra a los trabajadores y los presiona por los cuatro lados. Por el lado izquierdo, el modelo corporativo de globalización pone a los trabajadores en la competencia internacional a través de redes de producción internacional apoyadas por tratados de comercio libre y movilidad de capital. A la derecha, la agenda de un gobierno "pequeño" atacó la legitimidad del gobierno e impulsó persistentemente la desregulación sin importar los peligros de esta. Desde abajo, la agenda de la flexibilidad del mercado laboral atacó a los sindicatos, a los apoyos del mercado laboral como el salario mínimo, los beneficios del desempleo, las protecciones al empleo y los derechos de los trabajadores. Desde arriba, los políticos abandonaron el compromiso del pleno empleo, un desarrollo que se reflejó en el encumbramiento de la inflación como objetivo y el movimiento hacia los bancos centrales "independientes" controlados por los intereses financieros.

Una característica crítica de la caja de la política neoliberal es su implementación a nivel global, tanto en el Norte como en el Sur. Esto multiplicó su impacto, y es por eso que el Consenso de Washington impuesto por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial ha sido tan significativo.

La globalización corporativa es una característica clave. No solamente ejerció presión interna y hacia abajo en las economías, también proporcionó la arquitectura para unirlos. De esta forma, la globalización reconfiguró la producción global al transferir la manufactura de los

Figura 2.
La caja de política neoliberal



Estados Unidos y Europa (en menor medida) a economías de mercados emergentes. Entonces, esta nueva división global del trabajo estaba apoyada en tener a los consumidores de los Estados Unidos como los compradores de la economía global de primera y última instancia, lo que explica el déficit comercial de Estados Unidos y el problema de los desequilibrios globales.

El sistema funcionó en Estados Unidos por casi treinta años por medio del crecimiento de la deuda y el aumento del precio de los activos, que llenó la brecha en la demanda causada por la supresión del salario y el aumento de la inequidad del ingreso. Sin embargo, el proceso fue inevitablemente insostenible pues requería que los consumidores de Estados Unidos asumieran más deuda, revaluaciones cada

vez más altas en los precios de los activos y burbujas cada vez más grandes. La crisis de 2008 marcó la implosión del modelo pero ha dejado una economía global afectada por la escasez de demanda, originada en el sistema de distribución del ingreso dañado a nivel global, combinada con un sistema de producción global distorsionado.

Respondiendo a la crisis

Estas tres perspectivas diferentes dejan claro lo que está en juego, pues cada una recomienda políticas de respuesta distintas. La respuesta para los neoliberales es (1) liberalizar aún más los mercados; (2) incrementar la

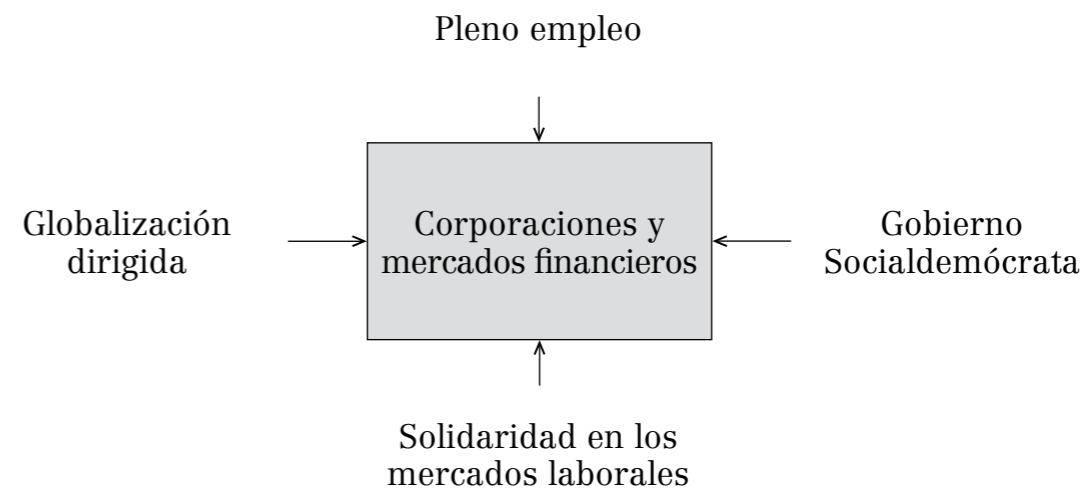
independencia del banco central, el compromiso para disminuir la inflación y política monetaria basada en reglas estrictas; y (3) reducir al gobierno e imponer austeridad fiscal para lidiar con la deuda gubernamental incrementada que produjo por la crisis.

Para los partidarios de la Tercera Vía la respuesta de política recomendada es hacer más rígida la regulación financiera, pero continuar con los otros aspectos del paradigma existente. Esto significa apoyo continuo para la globalización corporativa, la llamada flexibilidad del mercado laboral, metas de inflación bajas y austeridad fiscal.

Para los progresistas la respuesta es fundamentalmente distinta. Es necesario

derrocar el paradigma neoliberal y reemplazarlo con un paradigma "Keynesiano estructural". Esto implica re-empacar la caja de políticas como se ilustra en la Figura 3. La lógica esencial es sacar a los trabajadores de la caja y poner las corporaciones y mercados financieros dentro, de forma que sirvan al interés público general. Los elementos clave son reemplazar la globalización corporativa por la globalización dirigida; restaurar el compromiso con el pleno empleo; reemplazar la agenda antigubernamental neoliberal con una agenda social democrática; y sustituir la flexibilidad del mercado laboral neoliberal con una agenda del mercado laboral basado en la solidaridad. Las metas críticas son la restauración del pleno empleo y un lazo firme entre el salario y el crecimiento de la productividad.

Figura 3.
¡Re-empacar la caja!



Además, puesto que el modelo se adoptó como parte de un nuevo orden económico internacional corporativo, también existe la necesidad de recalibrar la economía global. Aquí es donde entra el problema de “reajuste global”; este punto es particularmente desafiante para muchas economías de mercados emergentes, que han configurado sus estrategias de crecimiento en torno a suministrar a los consumidores de Estados Unidos, cuyo poder de gasto vía déficit está agotado.

El desafío político

Desde una perspectiva progresista, la crisis económica es una tragedia humana de gran escala, resultado de una política económica fallida basada en ideas erróneas. ¿Entonces por qué ha cambiado tan poco? Para responder esta pregunta se plantea el doloroso asunto del fracaso político de los progresistas y tres fallas sobresalen.

Falla #1

Los progresistas no han explicado la crisis de forma adecuada. Se debe de recordar siempre que nada es evidente y la crisis económica necesita ser explicada. Las fuerzas del *status quo* intentarán bloquear el cambio al promover sus propias explicaciones y acallar otras. Esto explica la relevancia de la profesión de economista, que es un obstáculo particular debido a que ha sido capturada casi en su totalidad por la ideología neoliberal.

Falla #2

Los socialdemócratas, especialmente en Europa y Estados Unidos, están divididos. Por un lado, los socialdemócratas progresistas rechazan el neoliberalismo por ser una filosofía económica y social esencialmente errada. Por otro lado, los socialdemócratas partidarios de la Tercera Vía aceptan una visión atenuada del neoliberalismo, en la que el gobierno ofrezca una “mano amiga” para amortiguar los golpes de la “mano invisible”. Esta división confunde al público y genera un problema estratégico. Una ruptura entre los socialdemócratas podría dar la victoria a los neoliberales duros, pero al permanecer con el curso de la corriente se corre el riesgo del afianzamiento gradual del paradigma neoliberal y sus políticas. Este desafío político es particularmente claro en los Estados Unidos donde los progresistas han sido obligados reiteradamente a apoyar la Tercera Vía de los Demócratas que han refrendado la globalización corporativa.

Falla #3

Probablemente la más importante de todas, es que los progresistas han fracasado en generar una creencia ampliamente compartida de que una mejor sociedad es posible. Hace treinta años Margaret Thatcher acuñó el acrónimo TINA (en inglés “There Is No Alternative”), que significa “no hay alternativa” para el fundamentalismo del mercado neoliberal. Los políticos progresistas no han convencido de forma adecuada a la gente de que existe una alternativa. La realidad es, si la sociedad quiere una prosperidad compartida, no hay alternativa más que rechazar el neoliberalismo.

De la crisis económica hacia una nueva política económica

Adhemar S. Mineiro

La crisis del 2008

Para muchos analistas, la crisis del 2008 surgió como una crisis de la especulación financiera, iniciada a partir del derrumbe del mercado hipotecario y de inmuebles en Estados Unidos (EUA), así como en los mercados de *commodities* agrícolas, mineros y energéticos que estaban continuamente sobrevaluándose. De ahí se difunde ya no solamente a otros sectores financieros sino también a sectores productivos, mucho más allá de la economía estadounidense, afectando fundamentalmente a los países europeos y enseguida a casi todos los países de una u otra forma. Desde este punto de vista, la crisis estaría marcada por la inestabilidad financiera y explosión de

burbujas especulativas, contaminando progresivamente todos los sectores de la economía por las interconexiones financieras y la globalización financiera y productiva.

Esta crisis también se desarrolló en un ambiente de dificultades y parálisis políticas. Por ejemplo EUA, el epicentro de la crisis, estuvo en 2008 dividido entre distintas opciones representadas por hegemonías divergentes instaladas en el Ejecutivo (republicano) y el Legislativo (demócrata), y frente a un proceso electoral en transcurso, que se enfrentaron al momento de reaccionar a las dificultades económicas. Institucional y globalmente, el sistema se mostró débil para administrar una crisis de

tamaño proporción –comparada entonces con la crisis de los años 1930. De esa constatación derivó la idea de construir un nuevo foro para intentar articular las medidas necesarias para manejar y dominar la crisis: el nuevo G20.

Pero, más que todo, la crisis explicitó un problema mucho más profundo: el agotamiento de un patrón de funcionamiento de la economía internacional basado en la multiplicación sin control de los créditos y el sobreendeudamiento en general, y el enorme consumo de EUA (por su transformación en mercado de última instancia del sistema internacional –condición promovida por tratados de libre comercio–) por encima de su capacidad de exportación.

Para las economías en desarrollo, el intento de expandirse en el mercado internacional llevó a una enorme presión sobre los trabajadores (con el discurso de la “competitividad”), sobre sus ingresos y sus derechos, y también sobre el medio ambiente, ya que se generalizó la idea de que sus oportunidades en el mercado mundial (o, en otras palabras, sus “ventajas comparativas”) estarían basadas en mano de obra barata y disponibilidad de recursos naturales.

Para otros observadores, el agotamiento del patrón anterior expresa una transformación fundamental: la posibilidad de que estemos en medio del traslado del eje dinámico económico mundial, del Atlántico Norte al Pacífico Norte, que representaría enormes consecuencias

para todo el funcionamiento de la economía, alterando de forma drástica el marco dentro del cual hemos operado por siglos; aunque, por otro lado, abriría espacios nuevos para la constitución de distintos proyectos nacionales y regionales alternativos.

El período 2008-2010

A partir de la agudización de la crisis, en el último cuatrimestre del 2008, momento también de definición del proceso electoral de EUA, se sentaron las condiciones para el despliegue de políticas que hicieran frente a la adversidad económica. El espacio más general de articulación de dichas políticas en el plano internacional fue el G20, antiguo centro de vinculación de autoridades monetarias y financieras de un grupo compuesto por los grandes países desarrollados y un grupo de países en desarrollo (Alemania, Arabia Saudita, Argentina, Australia, Brasil, Canadá, China, Corea del Sur, EUA, Francia, India, Indonesia, Italia, Japón, México, Reino Unido, Rusia, Sudáfrica, Turquía y la representación de la Unión Europea), ahora con reforzada legitimidad para proponer políticas con la participación de los jefes de Estado y/o de gobierno, subordinando a los representantes de las áreas monetarias y financieras de los gobiernos. El G20 se presentaba como un vínculo entre el antiguo G7/G8 con los nuevos influyentes actores regionales (los llamados “BRICS”, por ejemplo).

En este nuevo ambiente se coordinaron las políticas de rescate del sistema económico en crisis, basadas centralmente en una especie de “Keynesianismo de resultados”, entendido como: gasto público sirviendo de eje para la salvación del sistema económico privado –el origen de la crisis–; la reafirmación del rol central de los Estados nacionales; y la imposición de nuevas regulaciones sobre los sistemas financieros. En esta óptica el sobreendeudamiento público pareció la única alternativa para evitar la quiebra del sistema económico privado.

Un punto interesante a partir de la eclosión de la crisis fue la fractura del llamado “pensamiento único”. La crisis, iniciada a partir del funcionamiento imperfecto de los mercados (en especial, los mercados financieros) y del sistema económico privado; diseminada por los mecanismos de la globalización financiera, productiva, y la desregulación, así como la utilización de los viejos y tan cuestionados Estados nacionales (y los gastos públicos) como mecanismo para no solamente salvar el sistema privado, sino también para intentar “relanzar” el sistema como un todo, ofreció una suerte de espacios de discusión alternativos al “pensamiento único”. Así, uno de los puntos más importantes de la crisis fue abrir nuevamente las posibilidades de discusión sobre los rumbos, el manejo y el funcionamiento de la economía. De esta manera se permitió también la posibilidad de discusión de cambios de manejo y de estructura del sistema económico.

El retorno del “fiscalismo”

Pasado el período más duro de la crisis para las empresas financieras, productivas y de servicios, luego de que muchas fueron rescatadas por la acción de las políticas adoptadas a finales de 2008, se volvió a manifestar la hegemonía de los intereses financieros, expresados ahora en el rechazo a ampliar la regulación, con ánimo de conservar los espacios especulativos que permitieron la incubación de la crisis, y un discurso de defensa del ajuste fiscal (que en estos sectores y sus actores se entiende como recorte de servicios y gastos sociales). Para estos intereses, una vez salvadas las empresas y el mundo financiero, la discusión debía centrarse en el pago de esos programas de rescate.

Esta mutación de temas y sus naturalezas en los debates económicos fue aclarándose por el empoderamiento y hegemonización progresiva de espacios como el G20 –donde, por ejemplo, aparecieron cambios en la agenda de discusiones a lo largo de 2010, consolidando gradualmente en las cumbres de Toronto y Seúl, una agenda “pos-salvataje”, centrada crecientemente en las cuestiones fiscal, monetaria y cambiaria. Dicho cambio se notó asimismo en el enfoque de los principales países desarrollados, primero con la discusión del “ajuste europeo” (como consecuencia de las discusiones sobre cómo evitar los efectos del contagio en Grecia, Irlanda, Portugal, España, Reino Unido, Italia

y otros), y con el proceso electoral estadounidense de 2010, con el regreso de la polarización institucional y un creciente conservadurismo fiscal.

Además, como parte de este retorno al *statu quo* pre-crisis, debe subrayarse la recuperación de poder por parte de los agentes tradicionales del sistema (como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial), y el intento de retomar las discusiones sobre liberalización comercial de la Ronda de Doha de la Organización Mundial del Comercio. En especial, las llamadas instituciones de Bretton Woods, regresan fortalecidas con los nuevos recursos puestos a su disposición esencialmente por los BRICS –y particularmente China–; y robustecidas por la discusión sobre mecanismos para salir de la crisis y las políticas de rescate para países en dificultades, al tiempo que estas economías emergentes se beneficiaban de los cambios en el sistema de poder al interior de dichas instituciones, específicamente por el recálculo del sistema de cuotas de países miembros.

Construyendo las bases de una nueva política económica

En este escenario de cambios y disputas se abre un importante espacio para la gestación de nuevas políticas económicas. Aquí, en particular, la experiencia en América del Sur puede ser valiosa para

aprovechar las fisuras abiertas en el, antiguo y monolítico, pensamiento único e intentar la construcción de alternativas.

En Sudamérica, desde el cambio del siglo, se intentan generar proyectos nuevos a partir de la resistencia al ideario liberal –en especial la liberalización financiera y comercial, y la desregulación económica– y sus efectos sociales. Estos proyectos tienen muchos matices y algunas veces notables diferencias políticas entre ellos, que reflejan la diversidad entre los senderos escogidos y los distintos bloques y/o coaliciones políticas que se forman a nivel nacional en resistencia a las políticas practicadas hasta entonces.

Considerando las especificidades nacionales, hay al menos tres pilares importantes para pensar este proceso de construcción de una política económica de nuevo tipo. El primer punto fundamental es tomar en cuenta la experiencia de muchos períodos previos, y que se manifestó en especial en la década anterior: en los años noventa, el tema de la crisis de la balanza de pagos. Hay distintos caminos aquí: el adoptado en países como Brasil, Chile, Uruguay y otros, que fue reforzar el nivel de reservas internacionales y con poca regulación sobre flujos de capitales, para intentar hacer frente a los posibles movimientos bruscos de entrada y salida de capitales que podrían conducir a crisis en este sector. O el adoptado por otros como Ecuador, Venezuela y, en menor medida, Argentina, que implica más regulación sobre las tasas de cambio y los flujos de capital, con nuevas y más fuertes

regulaciones, buscando evitar los efectos de la volatilidad financiera. Sea cual sea el camino elegido, cualquiera que sea el *mix* de posibilidades que se presentan, es de la mayor importancia recordar que –como ha sucedido en otros momentos– una crisis de balanza de pagos puede representar el fin abrupto de cualquier experimento de construcción de alternativas, en especial porque esos intentos significan en última instancia la confrontación con los intereses del gran capital financiero que, exactamente, tiene el poder de impedir que sigan adelante estos intentos, por la vía de la especulación y la volatilidad de flujos de capital.

Otro asunto importante es buscar sinergias con vecinos también inmersos en la construcción de alternativas. Por muchos años, y por una historia económica de dependencia, los países de una misma región, como nuestro caso sudamericano, se vieron más como competidores produciendo muchas veces los mismos productos, que como posibles economías que pueden complementarse, en lugar de agregar mercados de manera que sea posible constituir mercados a escala para la producción eficiente de las empresas locales. Este fue uno de los temas que estaban, por ejemplo, en la discusión de la Comisión Económica para la América Latina y el Caribe de la Organización de Naciones Unidas (CEPAL) desde su inicio, y que persiste en las discusiones sobre alternativas regionales de integración económica. Es además un camino que, en la práctica, las empresas de la región (las llamadas *translatinas*) ya han

experimentado y del que hoy se benefician, pero en muchas ocasiones no es tomado en serio como posibilidad en la formulación de las políticas nacionales de desarrollo.

La complementariedad tampoco es un camino fácil, pues existen importantes asimetrías entre los países de la región que pueden agudizarse si la integración toma un rumbo exclusivamente de libres mercados, incluso es posible que este camino se torne inviable políticamente por el crecimiento de resistencias a lo que algunos llaman “posibilidades de nuevas situaciones de dependencia” y “dominación entre los países de la misma región”. Por eso, el camino de la integración debe ser visto como una valiosa oportunidad de desarrollo político y económico, capaz de agregar fuerzas estructuradas regionalmente, que requiere la formación de cadenas regionales de producción y consumo, y de regulación política sobre el mismo proceso de integración. La integración no puede prescindir de la construcción de nuevos mecanismos de financiación al desarrollo y del comercio regional para seguir adelante –como ya se discute en Sudamérica, con el intento de creación de mecanismos como el Banco del Sur o instrumentos que posibiliten el comercio en moneda nacional o regional, y/o cámaras de compensación de comercio.

Finalmente, un tema fundamental es la posibilidad de transformar la debilidad en fortaleza: la instrumentación de estrategias de desarrollo basadas en el crecimiento y la distribución del ingreso, buscando la constitución de mercados de

consumo masivo, y una infraestructura social y de servicios que permita mejorar la vida de los ciudadanos de la región. De hacerse realidad, sería la transformación de nuestros retos sociales y los riesgos de conflicto por la desigualdad estructural en nuestras sociedades, en opciones concretas de desarrollo, sentando las bases de un nuevo patrón de crecimiento económico y social por un período largo. Programas de incremento del salario mínimo en varios países de Sudamérica, de transferencia de ingresos, de expansión del crédito popular para consumo y vivienda; programas de mejoramiento de vivienda y transporte, entre otros, pueden ser –y así lo han sido en años recientes– un motor importante para el crecimiento económico (que para Sudamérica es cercano al 6% entre 2004-2008, y que recupera un promedio regional que roza 7% en 2010 –pasada la crisis de 2009, cuando el promedio regional fue cerca de 0%–), que aunado a un fuerte incremento de la generación de empleos, de oportunidades para nuevos negocios y sectores de trabajo, abre mayores posibilidades de resultados positivos en los procesos de negociación colectiva de los sindicatos, que redundan en aumentos del ingreso que, poco a poco, se transfieren a muchos otros sectores de la sociedad.

La crisis mundial: una cuestión de autonomías y velocidades

Saúl Escobar Toledo

La crisis mundial no ha tenido los mismos efectos en el mundo. Según cifras del Fondo Monetario Internacional (FMI), mientras las economías avanzadas (Estados Unidos, Alemania, Francia, Italia, España, Japón, el Reino Unido y Canadá), Rusia y México fueron golpeadas severamente en 2009 y tienen un recuperación (promedio) lenta en 2010 y (proyectada) en 2011, las economías emergentes y en desarrollo, sobre todo China, pero también India, Brasil, y el África subsahariana crecieron por encima del promedio mundial (3 por ciento).¹

Estos datos nos muestran que la crisis tuvo un impacto mundial pero el crecimiento, en los últimos años, se basó en las economías emergentes y no en las economías desarrolladas.

A esto le han llamado en el FMI la recuperación “a dos velocidades”.² Según Olivier Blanchard, economista en jefe (*chief economist*) del FMI: “La recuperación económica mundial sigue en marcha, pero todavía a dos velocidades: es lenta en los países avanzados y mucho más rápida en las economías emergentes y en desarrollo [...] En los países emergentes y en desarrollo probablemente persistirá un crecimiento vigoroso. El producto interno bruto de este grupo de países debería aumentar en 6.5% en 2011 [...] En los países avanzados seguirá siendo tenue. Para 2011 se prevé un crecimiento de 2.5%”.

Esta recuperación en dos tiempos nos invita a reflexionar sobre diversos asuntos. El primero es que si la crisis y la recuperación no ha sido pareja es porque los países no

1. Fondo Monetario Internacional (2011a) *World Economic Outlook. April 2011. Tensions from the Two-Speed Recovery. Unemployment, Commodities, and Capital Flows*, FMI, Washington, DC.

2. Olivier Blanchard “Continúa la recuperación mundial a dos velocidades”, 25 de enero de 2011, en el *blog* del FMI sobre temas económicos.

Tabla 1.
Tasas de crecimiento del Producto Interno Bruto

	2009	2010	2011	Promedio
Producto mundial	-0.5	5.0	4.4	3.02
Economías avanzadas	-3.4	3.0	2.4	0.66
Rusia	-7.8	4.0	4.8	0.16
México	-6.1	5.5	4.6	1.2
China	9.2	10.3	9.6	10.6
India	6.8	10.4	8.2	9.2
Brasil	-0.6	7.5	4.5	3.8
África subsahariana	2.8	5.0	5.5	4.6

Fuente: Elaboración propia con datos de FMI (2011a).

se han insertado en esa globalización de la misma manera. Hay países que han ganado y otros que han perdido con la globalización. Esta situación se refleja en los llamados “desequilibrios mundiales”. Países deudores y países acreedores; países que tienen superávit y países que tienen déficit; países exportadores y países importadores; países que se industrializan y países que se vuelven principalmente proveedores de servicios; países que fueron afectados más y otros que lo fueron menos con la crisis.

Aunque, hoy por hoy, la comparación resulta clara entre países avanzados y países emergentes o en desarrollo, los extremos de esta desigualdad mundial son Estados Unidos y China, las dos economías más importantes del globo. Según esta

polarización, el país que logró construir una economía fuerte y en crecimiento y, hoy, convertirse en la locomotora del mundo fue China, mientras los Estados Unidos han tenido resultados menos exitosos hasta que con la crisis de plano tuvo un tropiezo significativo del cual aún no se recupera. ¿Por qué estos resultados tan contradictorios?

El segundo problema es que las dos velocidades significan que mientras unos países crecen más rápido, otros lo hacen más lentamente. Eso quiere decir que se está realizando un cambio estratégico en la estructura económica mundial. No sólo porque la locomotora del crecimiento se desplaza de unos países a otros y de unas regiones a otras, sino también porque, de seguir estas tendencias, en pocos años,

algunas economías emergentes o en desarrollo serán más robustas en el contexto mundial. Este cambio en la correlación de fuerzas económicas globales deberá tener repercusiones políticas, sociales y ambientales. ¿Cuáles podrán ser éstas?

El tercer asunto es que incluso dentro de cada grupo hay diferencias. Por ejemplo no es lo mismo el caso de Alemania que el de Japón (incluso antes del terremoto), o en otro grupo, México que Brasil. Esto nos lleva de nuevo al análisis de las distintas formas de inserción en los procesos de globalización. En el caso de Brasil, este proceso se ha distinguido por un acercamiento económico con China (y otros mercados) y un alejamiento de Estados Unidos. En cambio, México ha pagado muy caro el costo de su integración a América del Norte. Aunque estas distintas maneras de relacionarse con el mercado mundial no explican del todo el comportamiento de estos dos países, en estos años de crisis y recuperación ello ha sido un factor fundamental. De ahí que valga la pregunta: en el futuro inmediato, ¿los países que se proponen estrechar sus relaciones económicas con las economías emergentes o en desarrollo se verán en mejores condiciones que los que se decidan por integrarse con las economías más lentas (el mundo desarrollado)? Y los que así lo hicieron en el pasado inmediato, ¿están cosechando ahora sus beneficios o pérdidas?

Por otro lado, el mismo Blanchard alerta sobre cuatro factores de tensión y riesgo producto de la recuperación mundial

en dos tiempos: el primero es el alza de precios de las materias primas, alimentos pero sobre todo el petróleo. El segundo, es la afluencia de capitales hacia los mercados emergentes. El tercer factor son los riesgos que se observan en la “periferia de Europa”, que no define pero que se entiende que son, por lo menos, Grecia, Portugal e Irlanda, aunque podría incluirse también a España y algunos países del Este. Finalmente, el cuarto se refiere a los persistentes desequilibrios mundiales. Sobre esto último, básicamente se refiere a la incapacidad de Estados Unidos de resolver sus problemas actuales, un lento crecimiento de la economía y del empleo, al mismo tiempo que mantiene unas posiciones fiscal y monetaria débiles. Ello a su vez cuestiona la viabilidad del dólar como la moneda mundial y a los Estados Unidos como el único banco central del mundo que no tiene que regularse por causas externas, es decir el único banco central realmente soberano.

Excepto el primer factor de riesgo que es resultado del crecimiento de las economías, sobre todo de las emergentes, los otros tres están asociados a la depresión y la crisis. Y, sobre todo, revelan que el desorden monetario y financiero global sigue produciendo tensiones y conflictos. Este desorden se expresa hoy, particularmente, en las presiones de los países en desarrollo por la llegada de inversiones en cartera, las dificultades de la periferia de Europa por la salida de capitales (y el encarecimiento de su deuda soberana) y en la posición de Estados Unidos al ser, al mismo tiempo, emisor de la moneda mundial y el mayor deudor del mundo.

El gran desorden financiero se construyó a lo largo de varios decenios pero el frenesí que se vivió en la globalización en los últimos veinte años sin duda estalló en 2008.

Según algunos autores³ el perfil del capitalismo actual debe entenderse a partir de que, para evitar su estancamiento crónico advertido por Marx desde la publicación de *El Capital*, se desarrolló el fenómeno de la *financiarización* de la economía (el reemplazo, como centro de gravedad de la economía, de la producción por las finanzas). Es decir, la especulación financiera se convirtió en una segunda locomotora del crecimiento dada la debilidad de la primera locomotora, la inversión productiva. Pero al mismo tiempo, este fenómeno, la financiarización, se convirtió en factor de las crisis económicas recientes y en particular la del 2008.

No podemos entrar aquí a la polémica de si el estancamiento dio lugar a la financiarización o si, al contrario, es la financiarización la que ha generado el estancamiento.⁴ Lo cierto es que el desorden del sistema financiero mundial llevó a la crisis más reciente y explica por qué la recuperación es desigual (a dos tiempos), está marcada por tensiones (e incertidumbres) y no es una recuperación plena y sigue siendo débil y amenazada por una nueva crisis.

Así lo reconoce, aunque sea parcialmente, el mismísimo Dominique Strauss-Kahn director gerente del FMI. En su artículo *Hacia una arquitectura financiera más fuerte*, señala:

los desequilibrios globales están de vuelta con los mismos problemas que nos preocupaban antes de la crisis –flujos de capital grandes y volátiles, presiones sobre las tasas de cambio, exceso de reservas creciendo rápidamente–. Si no los resolvemos estos problemas podrían ser la semilla de la próxima crisis.⁵

A continuación Strauss-Kahn repasa las medidas que ha tomado el FMI junto con el G20. Sobre la volatilidad de los flujos de capital, tema central del gran desorden financiero mundial, subraya la necesidad de imponer controles a estos flujos de manera coordinada a nivel global, pero es revelador que, al respecto, sólo pueda decir que “[s]e presentarán algunas ideas en el futuro próximo”.

En el *Informe sobre la estabilidad financiera mundial* de enero de 2011, el FMI señalaba que “la estabilidad financiera mundial aún no está asegurada” y finalizaba con este diagnóstico:

A nivel internacional, la reforma regulatoria ha estado avanzando pero cada vez más aquejada por la fatiga y la tremenda complejidad de las cuestiones en juego [...] La formulación de políticas macroprudenciales, que pretende proteger la estabilidad del sistema financiero en su conjunto, aún se encuentra en su fase inicial [...] y existe el temor de que puedan acumularse nuevamente vulnerabilidades sistémicas antes de haber logrado un avance sólido para impedir las.⁶

En una palabra, el desorden financiero sigue sin soluciones. Casi todo sigue igual que antes de la crisis. En lo fundamental, nada ha cambiado. Por

el contrario, la situación de la periferia de Europa, aunque tiene que ver con problemas reales, también es producto de ataques especulativos.⁷

Resulta hasta cierto punto curioso que los países desarrollados sean incapaces de defenderse y poner en práctica políticas coordinadas que puedan impulsar una recuperación más rápida y menos incierta. Parecen escenificar una lucha de todos contra todos mientras otra economía, China, parece salir mejor librada y consolidándose como la otra economía líder a nivel mundial.

La razón de esto radica en la existencia de un poderoso grupo de intereses que controla el sistema financiero internacional. Son ellos quienes propiciaron la crisis de 2008 y hoy amenazan la recuperación. Su poder parece un desafío imposible para los gobiernos de esos países desarrollados que, por el contrario, han tenido que rendirse ante ellos. Así lo demuestran las tibias reformas al sistema financiero emprendidas hasta hoy, tanto a nivel global como a nivel nacional.

La reforma financiera aprobada por el Congreso de Estados Unidos en el verano de 2010, impulsada por el Presidente Obama y algunos legisladores, significó en principio un reconocimiento de que la crisis de 2008 fue resultado de la falta de regulación que empezó con Thatcher y Reagan hace treinta años. Puso fin a la creencia, generalizada hasta entonces, de que desregular al sistema financiero

era la mejor política.

Sus avances: la creación de un Consejo (el *Financial Stability Oversight Council*) encabezado por el Secretario del Tesoro, encargado de coordinar la detección de riesgos en el sistema financiero. También se impusieron regulaciones sobre los derivados pues la mayor parte de su comercio (no todo) requerirá llevarse a cabo a través de mercado abierto; igualmente, algunas de las peores prácticas del mercado hipotecario serán restringidas. Más aún, se creó también el *Consumer Financial Protection Bureau* y se aprobaron diversas disposiciones para que las comisiones desmedidas que se cargaban a sus clientes por cada una de las transacciones bancarias, puedan ser recortadas. La versión final incluyó también la llamada “regla Volcker” que originalmente prohibía terminantemente que los bancos comerciales pudieran hacer inversiones con su propio dinero en fondos especulativos (*hedge funds*) aunque, al final, el Congreso suavizó esta prohibición estableciendo un límite máximo del 3 por ciento del capital del banco para efectuar estas inversiones.

Sin embargo, la ley no restaura completamente las restricciones más duras que se impusieron después de la Gran Depresión. Dejó intacto el problema de la existencia de los llamados bancos demasiado grandes (*too big to fail*). Según Robert Reich:

La ley no hace nada para disminuir el poder político y económico de los gigantes bancarios. No impone un límite sobre su tamaño, no resucita la

3. Boltvinik, Julio “La visión marxista de la crisis y la gran crisis del siglo XXI”, en Varios autores (2010) *Para comprender la crisis capitalista mundial actual*, Partido de la Revolución Democrática y Fundación Heberto Castillo, México, p. 167.

4. Cf. para este debate a Boltvinik, Julio, *op.cit.* pp. 169 y sigs.

5. Dominique Strauss-Kahn *A Stronger Financial Architecture*, 10 de febrero de 2011, FMI.

6. Fondo Monetario Internacional (2011b) *Informe sobre la estabilidad financiera mundial. Al día, actualización sobre el mercado*, enero, FMI, Washington DC.

7. Internacional Socialista (2010) *Declaración del Consejo de la IS*, Nueva York, junio. “La especulación contra los Estados individuales de la zona euro imponen una amenaza a los esfuerzos por superar la crisis. La política social y económicamente apropiada del estímulo económico, que implica déficits presupuestarios, es socavada con estrategias adoptadas por los especuladores y los bancos.”

ley Glass-Steagall (abolida en 1998), que alguna vez separó la banca (tradicional) comercial de la banca (de casino) de inversiones. En otras palabras, no hace nada para cambiar la estructura básica del sistema bancario.⁸

El llamado sistema de banca en la sombra (*shadow bank*), que fue el epicentro de la crisis y que había crecido hasta llegar a ofrecer el grueso del crédito, reemplazando al sistema bancario tradicional, no fue afectado en lo fundamental. El margen de maniobra de esos Estados nacionales parece muy estrecho sobre todo si lo comparamos con China donde el Estado parece tener una capacidad autónoma muy superior.

Se podrá decir que son los riesgos de la democracia, pero probablemente haya algo más: a final de cuentas en esa nación de Oriente se construyó un modelo de desarrollo capitalista que se pudo insertar en la globalización de manera exitosa y que no adquirió los rasgos de financiarización.

El saldo de la crisis hasta ahora puede entonces resumirse así: los dos tiempos de la economía responden a dos modelos de desarrollo capitalista; la carrera la va ganando el modelo que a través del Estado logró controlar al mercado, y la va perdiendo aquél que no sólo subordinó el Estado al mercado sino que, además, cayó preso en la red de los grandes intereses financieros.

8. Cf. Reich, Robert (2010) "Finance bill: A mountain of paper, a molehill of reform", en *The Christian Science Monitor*, 16 de julio. "The American people will continue to have to foot the bill for the mistakes of Wall Street's biggest banks because the legislation does nothing to diminish the economic and political power of these giants. It does not cap their size. It does not resurrect the Glass-Steagall Act that once separated commercial (normal) banking from investment (casino) banking. It does not even link the pay of their traders and top executives to long-term performance. In other words, it does nothing to change their basic structure. And for this reason, it gives them an implicit federal insurance policy against failure unavailable to smaller banks –thereby adding to their economic and political power in the future".

**FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG**

Yautepec no. 55, col. Condesa, 06140 México, D.F.
Tel +52 (55) 5553 5302, Fax +52 (55) 5254 1554
www.fesmex.org

PERSPECTIVAS PROGRESISTAS. Julio 2011.

De la crisis mundial hacia una nueva política económica

Editor: Zirahuén Villamar ISBN: 978-607-7833-18-5

ISBN: 978-607-7833-18-5



9 786077 833185